

CAPITULO XLIX.

Un plan.



LA pendiente del crimen es muy rápida.

Dado el primer paso, no es posible detenerse.

Ovando, aquel hombre respetable, elegido por la piadosa Isabel para dar una satisfaccion al inmortal descubridor del Nuevo Mundo, para poner coto á los desmanes de Bobadilla, para dulcificar la angustiosa situacion de los indios, para ayudar á los misioneros en la propagacion de la fe cristiana; aquel hombre que tanta rectitud habia observado en su conducta, que tan señaladas muestras habia dado de bondadosa severidad, al verse léjos de la madre patria, con tan ámplios poderes como los que le habian dado los reyes, embriagándose de vanidad al observar que la gloria del ilustre marino, gloria que habia llenado el mundo antiguo, le servia de pedestal, olvidando un pasado, buscó en el crimen, revestido con las formas de la curiosidad, entre los suyos la popularidad, entre los indígenas el miedo, el respeto, la veneracion á su fuerza.

Ya hemos dicho ántes que se volvía contra su pecho el puñal que habia esgrimido contra los inocentes; que la popularidad le ahogaba, y que en medio de sus tribulaciones, la sola idea que le halagaba era la de que Colon hubiera perecido, la de que su brillante gloria se hubiera eclipsado para siempre, la de que aquel hombre inmenso, cuya poderosa figura no hubiera cabido en el viejo mundo, hubiera hallado por se-

pulcro el abismo, por sudario las olas, y por epitafio las maldiciones de los séres unidos por los lazos del cariño con los que le habian acompañado en su desastrosa expedicion, y que por él y con él habian sucumbido.

Pero Mendez habia destruido su alegría.

Atravesando á nado las impetuosas aguas del Océano habia llegado á Santo Domingo, no solo á decirle que vivia Colon, sino que en su viaje habia descubierto un país que guardaba en sus entrañas el mejor oro que en las Indias se habia encontrado hasta entónces.

Este triunfo le irritaba hasta la desesperacion, y veia en la circunstancia de hallarse el almirante obligado á permanecer en las costas de la Jamáica, por carecer de buques que le llevasen á España, veia, repetimos, una ocasion de ejercer con él la crueldad que las tempestades no habian osado tener con aquel gran hombre.

Inmediatamente concibió un infame proyecto.

Su objeto era obligar al indio á que se apoderase del pliego que debia llevar Mendez á los Reyes Católicos.

Cuando estuviera en poder del indio, nada más fácil que atravesarle el corazon para apoderarse del pliego.

Obtenido este primer triunfo, enviaria á Mendez con tres ó cuatro buques en busca de Colon.

Los tripulantes, ganados de antemano por él, al dar vista á las carabelas del almirante, asesinarían á Mendez, y sin acercarse á los buques acecharian el momento en que el hambre y la desesperacion concluyesen con aquellos desgraciados naufragos para apoderarse de los papeles y mapas de Colon, volver con ellos á Santo Domingo, y desde allí participar á los reyes el descubrimiento como verificado por Ovando, dándoles cuenta al mismo tiempo de la desastrosa muerte de Colon y los suyos.

Parecíale tan fácil la realización de este plan, que no podía ménos de experimentar en el fondo de su alma una inmensa alegría.

Apénas abandonó al indio, lo preparó todo para llevar á cabo su criminal propósito.

Uno de los pajes en quien tenía más confianza fué el designado por él para poner en práctica la primera parte de su pensamiento.

Llamábase García Perez, y á pesar de sus pocos años, pues apénas contaba veinticinco, había cursado con aprovechamiento la gramática parda en las Tendillas de Toledo.

En la misma ciudad, comprometido en un lance con un hidalgo, le atravesó de una estocada, y como la familia del muerto era poderosa, se vió tan perseguido que al fin y al cabo cayó en manos de los cuadrilleros, y lo hubiera pasado muy mal si por una casualidad no le hubiera visto el obispo Fonseca y se hubiera prendado de su agudo ingenio y de su descarada sinceridad.

Condolido de su suerte, influyó mucho para que conmutaran su condena, incluyéndole en el número de los criminales á quienes se ofreció indulgencia en cambio de los servicios que prestasen en las colonias de las Indias.

Fonseca, que no desperdiciaba una sola ocasion de engrosar las filas de sus partidarios contra el almirante, lo recomendó particularmente á Ovando.

Este le hizo su paje, y no tardó en emplearle en sus intrigas, porque conoció desde luego su habilidad, su destreza y sus pocos escrúpulos.

Ovando llamó á su paje.

—Es necesario, le dijo, que mandes preparar para esta noche una abundante cena.

—¿Para obsequiar al huésped? preguntó maliciosamente el escudero.

—En efecto: para obsequiarle es.

—¿Pondremos buenos vinos?

—Busca dos compañeros, y que os sirvan el vino en cuatro jarros distintos. En uno de ellos, en el del huésped.... quiero que se encuentre un sueño profundo.

—¿Un sueño que sea imagen de la muerte?

—Imagen solo.

—¿Es decir que todavía?...

—¡Pues! Por ahora solo me conviene que duerma.

—¿Y mis dos camaradas?

—Cuando el huésped empiece á dormir, te lo llevas. Yo le daré entónces un compañero.

—¿El indio tal vez?

—Lo has adivinado. Por la mañana al romper el alba procurarás que el indio salga contigo hácia la playa.

—Sí, ya entiendo.

—Acaso no.

—El indio llevará en su poder....

—Sí, un pliego.

—Que necesitais adquirir á toda costa.

—Eres muy ducho.

—Deseo serviros.

—Como el indio no te dará de buen grado el pliego.... dijo Ovando.

—Comprendo: habrá necesidad de quitárselo á la fuerza.

—Los colonos madrugan poco. Un agudo puñal te bastará....

—Eso es.

—Una vez en la playa, continuó tranquilamente el gobernador, nada más fácil que arrastrarle á la orilla, atarle al cuello una piedra y arrojarle al fondo del mar.

—Todo se hará á medida de vuestro deseo, contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche, le dijo, la pasarás al lado de Diego Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, ántes de que despierte, irá á buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.

CAPITULO L.

Una cena.



GARCIA Perez buscó dos camaradas para que le acompañasen en el festin. Los dos habian formado parte de los rebeldes á las órdenes de Roldan, y cuando se trataba de alguna francachela, eran los primeros en acudir y los últimos en abandonar el jarro de lo añejo.

García se guardó muy bien de decirles el objeto de aquella cena.

—Se trata pura y simplemente de probar á un bellaco que asegura que jamas pierde la cabeza, aunque apure una cuba, de que el vinillo que yo puedo sisar á mi amo seria capaz de dar en tierra con la Giralda de Sevilla.

—Pues lo que es á beber no nos gana, dijo uno de los dos compinches, á quien llamaban por mal nombre el Gaitero, no porque tocase la gaita, sino porque, como decian sus camaradas, todo en él eran *gaitas*.

—¿Y quién es el prójimo? preguntó el segundo, que se llamaba Mendo.

—El que ha llegado esta mañana con uno de los peones de Miguel Diaz.

—¿Diego Mendez?

—El mismo.

—¿Pues no ha venido á nado?

—¿No ha de venir, si es un pez?